

TEOLOGICA

TEOLOGICA

TEOLOGICA REVISTA

TEOLOGICA REVISTA

FEB 04 1994

CONCORDIA SEMINARY LIBRARY
V. 38
#146
FT. WAYNE, IND.

TEOLOGICA REVISTA

TEOLOGICA REVISTA

TEOLOGICA REVISTA

TEOLOGICA REVISTA

TEOLOGICA REVISTA



Revista Teológica

Publicación Trimestral del
SEMINARIO CONCORDIA
Escuela Superior de Teología de la
IGLESIA EVANGÉLICA LUTERANA ARGENTINA

SEMINARIO CONCORDIA
Casilla de Correo N° 5 - (1655) JOSÉ LEÓN SUÁREZ
Prov. Buenos Aires, Argentina

Año 38 - N° 146

Octubre-Noviembre-Diciembre de 1993.



INDICE

Editorial:

"EL PRIVILEGIO DE ANUNCIAR
EL MENSAJE."

Edgar Kroeger..... pág. 1

LA SANTA CENA Y LA MISIÓN
DE LA IGLESIA.

Jorge Groh..... pág. 3

PALABRAS DE UN EXPERTO.

Erico Sexauer, trad. pág. 9

CAPELLANÍA ESCOLAR.

Víctor Schlenker, trad. y adapt..... pág. 19

LOS MANDAMIENTOS DE DIOS
SIGUEN EN VIGENCIA.

Erico Sexauer, trad..... pág. 22

BOSQUEJOS PARA SERMONES.

Antonio Schimpf..... pág. 24



*Palabras
de un
experto
respecto de
los
predicadores.*

Traducido por: _____
Dr. Erico Sexauer

Martín Lutero, personalmente uno de los más renombrados y exitosos predicadores de todos los tiempos (ejerció este ministerio desde 1512 hasta pocos días antes de su muerte ocurrida el 18 de febrero de 1546) sin duda tiene mucho que decir acerca de los que - y a los que - en nombre del Señor hablan al mundo.

Contrariamente a lo que opinan algunos, los predicadores son un "bien necesario."

"Sé de personas que creen que no tenemos ninguna necesidad de predicadores o pastores, y que hay que aguantarlos por costumbre o por tradición. Lo que se gasta anualmente en ellos en salario y otros insumos, dicen, bien podría invertirse en otras cosas mejores. Esta gente hace como si los predicadores fuesen algo así como un "mal necesario". En particular los de la alta sociedad y algunos sabihondos afirman: 'Después de todo, tenemos libros en que podemos leer el mensaje tan bien como si lo oyésemos de boca del clérigo en la iglesia'. ¡El diablo que tienes adentro es el que te hace afirmar tales cosas en cuanto a tu lectura! Si Dios, nuestro Señor, hubiese sabido que el ministerio de la predicación es innecesario, sin duda habría sido lo suficientemente sabio y prudente como para no darte a un Moisés para desempeñarlo; es más: según tu forma de pensar y hablar impía, satánica y necia, tampoco hacía falta que en tiempos posteriores, Dios instituyera el sacerdocio levítico, ni que siempre de nuevo enviara al pueblo profetas, sabios y maestros, como él mismo afirma que lo haría (Mt. 23:34). Y seguramente, también en nuestros días mandaría a los predicadores y pastores que se queden en casa. Y ¿qué te parece: por qué Dios insiste tanto en que los padres enseñen a sus hijos la palabra con toda diligencia, y que no sean negligentes en esta tarea? ¡Es que Dios sabe muy bien qué nos hace falta!" (Edición de Saint Louis (SL) tomo 3, col. 1736).

Diez virtudes que debiera poseer un predicador.

"Para comenzar:

- ♦ Debe ser apto para enseñar.
- ♦ Debe tener una clara inteligencia.

- ♦ Debe tener facilidad de palabra.
- ♦ Debe tener una buena voz.
- ♦ Debe tener una buena memoria.
- ♦ Debe saber cuándo poner punto final.
- ♦ Debe ser diligente y laborioso.
- ♦ Debe dedicarse con alma y vida a su trabajo.
- ♦ Debe estar dispuesto a dejarse importunar por todo el mundo.
- ♦ Finalmente, debe admitir con paciencia el hecho de que nada se ve con mayor facilidad y prontitud en un predicador que sus errores. Un predicador que posee cien virtudes, las oscurece a todas mediante un solo error. El Dr. Justus Jonas reúne todas las virtudes de un buen predicador. Sin embargo, lo que la gente no le puede perdonar a este buen hombre es su costumbre de carraspear a cada rato.” (SL 22, 640).



En 1542 apareció el primero de cinco volúmenes de “Ayudas para Predicadores” (Postille) en forma de preguntas y respuestas, de J. Spangenberg, con prólogo del Dr. Martín Lutero. A la par que reconoce la utilidad de tales libros, Lutero advierte contra el abuso de los mismos.

Hay quienes recurren demasiado al trabajo de otros.

“...Pero tampoco se puede aprobar la actitud de algunos otros pastores y predicadores que por pereza hacen un uso excesivo de este libro (la ‘Postille’) y de otros libros buenos del mismo tipo para componer sus sermones. No oran, no estudian, no leen, no escudriñan las Escrituras. ¡Cómo si Dios no hubiera dado la Biblia justamente para este fin! Usan de estas ayudas homiléticas como de una especie de recetarios para ganarse el pan de cada día. Son como loros que repiten, sin entenderlo, lo que alguien les enseña, cuando nuestra intención y la intención de los teólogos que componen tales libros es dirigir a los predicadores a las Escrituras, y exhortarlos a que piensen en cómo ellos mismos podrán defender nuestra fe cristiana contra el diablo, el mundo y la carne una vez que nosotros hayamos muerto. Por eso, nuestra recomendación es:

¡No te entregues a la indolencia! ¡Estudia, dedícate a la lectura! Te aseguro que nunca podrás leer demasiado las Escrituras; lo que lees, nunca lo podrás leer con demasiado cuidado; y lo que entiendes bien, nunca lo podrás enseñar con demasiado acierto; y lo que enseñas con acierto, nunca lo podrás vivir con demasiada sinceridad. Yo sé lo que te digo, porque yo mismo lo experimenté. El diablo, el mundo y nuestra propia carne son adversarios que no dejan de hostigarnos. Por esto, queridos señores y hermanos, pastores y predicadores: oren, lean, estudien, empñense. Los tiempos en que vivimos son demasiado malos como para que podamos echarnos a dormir y roncar como unos haraganes. Usen el don que les ha sido confiado, y revelen el misterio de Cristo.” (SL 14, 397/8).



La escrituralidad de la enseñanza de un predicador debiera ir acompañada de una vida lo más perfecta posible. Con este pensamiento, el Reformador introduce un sermón sobre Jn. 8:46-59.

Para los adversarios, conducta ejemplar;
para los amigos, doctrina pura.

“Hay dos cosas que deben caracterizar a un predicador: primero, una conducta ejemplar con que pueda enfrentar al mundo, sin dar a nadie ocasión de blasfemar de su enseñanza a causa de su persona. Y segundo, una enseñanza irreprochable, para no llevar por caminos equivocados a ninguno de los que le siguen. Así quedará bien por ambos lados: con su conducta ejemplar frente a los adversarios, que se fijan mucho más en la vida que en la enseñanza, y por causa de la vida (no ejemplar) desdeñan la enseñanza; y con su enseñanza irreprochable frente a los amigos, que se fijan más en la enseñanza que en la conducta y que por amor a la enseñanza soportan también la conducta. Es muy cierto: no hay vida tan perfecta que ante los ojos de Dios no presente manchas de pecado. Basta, pues, con que el predicador sea irreprochable ante los ojos de la gente. La doctrina en cambio tiene que ser tan buena y pura que pueda resistir el examen no sólo de los hombres sino también de Dios.”

- La misma verdad la enfatiza Lutero en un sermón sobre el salmo 26 (especialmente v. 1).

El predicador debe estar seguro de lo que predica.

“Si desempeño el ministerio realmente como ministerio de la palabra, tengo la plena certeza de que mis servicios son del agrado de la Majestad divina. Tal vez haya personas que hablan mal de mí y me tienen por un canalla. No obstante, yo puedo afirmar: Estoy seguro de que en el postrer día, Dios me dará el testimonio de que he predicado correctamente. De no tener esta seguridad, de no poder confiar en ello de todo corazón, mucho mejor sería que me callara la boca. Es imprescindible para un predicador tener esa certeza que tenía el apóstol Pablo (1 Co. 13:3) de que lo que habla, no son sus propias palabras, sino las palabras del Señor Jesucristo. Entonces también nosotros podemos decir, como Pablo, que Cristo puso su discurso en nuestra boca. No lo hemos inventado nosotros mismos, sino que lo hemos recibido de él. Y si tenemos y hablamos la palabra de Cristo, también nos atrevemos a afirmar, con todo desnudo, que nuestra causa irá adelante aunque se venga abajo el mundo con todos los autores de divisiones y herejías. Podemos decir: Señor, aquellos están equivocados, pero yo sé que a mí me asiste la razón. En vano buscarán algo incorrecto en la enseñanza que yo presento. Pero si la atacan, hacen mal; porque yo sé que cuento con el respaldo divino, dado que me fundo en el Señor Jesucristo, y doy a Dios el honor que le corresponde.” (SL 5, 296).



La función del predicador es servir a Dios, no a sus propios intereses. Así lo recalca Lutero en una exposición en Mt. 5:13.

El predicador - sal de este mundo.

“El desempeño del ministerio trae consigo una carga de tentaciones o impedimentos: por un lado, la tentación de no alzar la voz por temor a peligros, perjuicios y persecuciones, y por otro lado, la tentación de adoptar

la misma actitud, pero por amor al prestigio, bienestar y conveniencia personales. Además, somos personas débiles, perezosas y a menudo desganadas, lo que hace que con facilidad nos dejemos distraer y nos cansemos cuando vemos que las cosas no marchan tal como quisiéramos, cuando nuestros esfuerzos parecen estériles, cuando la gente desprecia nuestras advertencias, e incluso, en vez de mejorar, empeora cada vez más. Contra todo esto debemos estar bien armados y atenemos exclusivamente a las órdenes de Cristo. El nos encargó este ministerio, y su voluntad es que abramos la boca sin temor, denunciando lo que debe ser denunciado, sin reparar en los peligros, inconvenientes, beneficios o satisfacciones que esto pueda acarrear, ni en la maldad o el desprecio de otras personas. Y tenemos un fuerte consuelo: como la determinación de que seamos "sal del mundo" proviene del Señor, él nos apoyará también en la función que nos asignó - función que él nos manda desempeñar valientemente, aún cuando el mundo no lo quisiere tolerar y nos persiga. Tampoco tenemos por qué acobardarnos si nuestros esfuerzos al parecer no surten efecto. Nuestra alegría y nuestra satisfacción ha de ser cumplir con lo que él nos ha encomendado. Los resultados que obtenemos como servidores suyos, esto es cosa de él. Aunque la gente no quiera escuchar ni aceptar nuestro mensaje, nosotros no obstante somos 'sal' y hemos hecho lo que nos incumbe. Con esto podemos presentarnos con la frente alta ante el tribunal de Dios. Podemos testificar que hemos dicho la verdad claramente, sin reservas ni tapujos, de modo que nadie podrá excusarse con que no sabía nada ni que nadie le dijo nada." (SL 7, 410).



Hay quienes tildan a Lutero de servidor obsecuente de las autoridades. Sus propias palabras lo desmienten. Preguntado:

Debe el predicador censurar a las autoridades?

Lutero responde: "¡Por supuesto! Si bien las autoridades fueron puestas por Dios, él se reserva también el derecho de censurar los errores que las autoridades cometen. Y esto significa que no debemos permanecer en silencio al notar que a las clases humildes se las carga con excesivas contribuciones, o cuando se practica una mala administración. En cambio,

lo que no le corresponde a un predicador es querer dar instrucciones al gobierno en cuanto al precio del pan y de la carne, o con respecto a la forma de imponer impuestos. Lo que sí debe hacer, de una manera general, es advertir a los individuos a que no roben ni cometan fraude.” (Charlas de sobremesa).



En una carta dirigida a los feligreses de Erfurt (1522), Lutero los advierte respecto de los predicadores sensacionalistas.

No nos afanemos por impresionar con un discurso “novedoso”.

“Hay algunos ministros que opinan que no pueden ser buenos predicadores a menos que prediquen algo más que Cristo mismo, y por encima del nivel de la predicación nuestra. Son personas excéntricas, ávidas de prestigio, que se apartan de nuestro discurso sencillo y hacen alarde de una sabiduría superior, para que los oyentes los miren con ojos asombrados y exclamen: ¡Este sí que es un predicador! A los tales habría que mandarlos a Atenas, donde la gente sólo se ocupaba de oír y contar las últimas novedades (Hch. 17:21). Buscan honrarse a sí mismos, no a Cristo; por eso acabarán por ser destruidos (Fil. 3:19). ¡Cuidense de esta clase de predicadores, y quédense con Pablo, quien no quiso saber otra cosa sino de Jesucristo y, más estrictamente, de Jesucristo crucificado (1 Co. 2:2).” (SL 19, 967)



La única manera como el predicador puede cumplir con el propósito último de su ministerio:

Guiando a los hombres a la vida en el más allá.

“Cristo instituyó el ministerio de la predicación no para que sirva de medio para ganar dinero, bienes, favores, renombre y amistades, o para tratar de obtener alguna ventaja personal, sino para que se saque a la luz del día la verdad, se denuncie y censure la maldad, y se haga público lo que atañe a la salud presente y futura de las almas. En efecto: la palabra de Dios no está

para enseñar a una sirvienta o a un peón cómo han de trabajar en la casa y ganarse el pan, o al jefe de la comuna cómo debe gobernar, o al hombre del campo cómo debe arar o proveer de pasto a sus animales. En fin, la palabra de Dios no otorga ni da a conocer bienes terrenales que sirven para la preservación de la vida presente, pues todo esto ya lo ha enseñado a cualquiera su propia razón. Lo que sí quiere mostrarnos es cómo llegar a la vida futura, y cómo usar y preservar la vida presente mientras dure, pero de manera tal que sepas dónde permanecer y vivir cuando tu existencia terrenal llegue a su fin. Ahora bien: cuando el predicador comienza a hablar de esa otra vida a la cual hemos de aspirar, y por amor a la cual debemos desistir de comportarnos como si en este mundouviésemos una ciudad que permanece para siempre (He. 13:14), entonces comienzan las discusiones y disputas. El mundo no quiere saber nada de esto. Un predicador que piensa en primer término en su propio bienestar, tratará, por lo tanto, de evitar estos temas. Usa el púlpito para entregarse a vana palabrería, pero no predica realmente la verdad. No abre la boca como debiera hacerlo. Cuando las cosas comienzan a andar mal, se queda quietito para no quemarse." (SL 7, 354).



Con toda su erudición, Lutero se esforzaba por presentar su mensaje en forma sencilla y llana. Su consejo es:

El predicador debe ponerse en el mismo nivel con sus oyentes.

"¡Maldito todo predicador que tiene puestos los ojos en su propia gloria, con la ambición de ganarse el favor de éste o de aquél! Cuando yo predico aquí en Wittenberg, lo hago del modo más sencillo posible. No pienso en esos treinta o cuarenta doctores y otras personas de alto rango que puedan estar presentes, sino en las cien o mil personas jóvenes. A éstas va dirigido mi mensaje, porque necesitan que se las instruya. Si los otros no quieren escucharme, ¡allá está la puerta!" (Charlas de sobremesa).



Hay casos y reacciones que deprimen al predicador. En un sermón sobre Is. 9: 1-7, Lutero nos cuenta cómo él maneja la situación.

Cómo hacer frente al desánimo.

"Muchas veces me pongo tan furioso e impaciente a causa de los campesinos, la gente de la ciudad y los nobles, que me vienen ganas de no predicar ni un solo sermón más. Con su comportamiento tan desvergonzado terminan por amargarle a uno la vida. A esto se agregan las incesantes arremetidas del diablo, por dentro y por fuera. Al final, uno se siente tentado a decir: '¡Qué predique otro en lugar mío! Por mí, que las cosas sigan su curso como quieran, pues al fin de cuentas, lo único que saco para mí es odio y envidia de parte del mundo, y toda suerte de plagas por parte del diablo.' De esta manera, se agita la carne y sangre, y la naturaleza humana se acobarda y se descorazona. En momentos como éstos es preciso que me ponga a consultar con la palabra de Dios. En esta 'vara y bastón' me apoyo, y digo: 'El hecho de que los campesinos, la gente de la ciudad, los nobles, los príncipes y los sectarios sean tan petulantes y me agradezcan de una manera tan infame mi predicación del evangelio, es señal de que estoy bien encaminado. Así tiene que ser, mi Señor Jesucristo mismo lo dijo: 'Si ustedes fueran del mundo, la gente del mundo los amaría.' (Jn. 15:19) ; 'Dichosos ustedes, cuando la gente los insulte y maltrate...por causa mía.' (Mt. 5:11). A estas palabras me aferro; las considero de mucho más peso que la maldad del mundo entero, y digo: '¡Arriba el ánimo! ¡Sigue adelante con tu labor, tal como la empezaste!'" (SL 13b, 2621).

Roguemos a Dios que nos dé predicadores fieles,
pues de lo contrario...

"Sólo cuando los predicadores se atengan a lo que enseña la palabra de la verdad, Dios concederá su gracia para que pese a todo, siempre haya algunos de entre la multitud que acepten dicha palabra. Pues donde ésta es anunciada en forma genuina e inalterada, no quedará sin fruto.

Por eso he exhortado tantas veces, y sigo exhortando, que todos aquellos que quieran ser salvos, rueguen insistentemente que Dios nos dé, como Cristo mismo nos ordenó rogar (Mt. 9:38), obreros fieles y predicadores que tomen su ministerio en serio y adhieran a la palabra. Entonces, Dios mediante, no habrá motivo para pensamientos pesimistas. Sólo el púlpito puede y debe conservar en su debido estado el bautismo, la cena del Señor, la doctrina, los artículos de fe y todos los órdenes de la sociedad. Pero cuando no oramos, y cuando ofendemos a Dios con nuestro engreimiento, nuestra saciedad e ingratitud, en lugar del apóstol Pablo y otros predicadores de buena ley, él nos enviará burros insensatos que barrerán tanto con la palabra como en el sacramento (del altar), y se echará a perder todo, la doctrina y el ministerio. Vemos que esto ya está ocurriendo en algunas regiones y ciudades, que por culpa de tales predicadores no sólo han quedado privados de la predicación correcta de la palabra, sino que han sido sumergidos en toda suerte de males. En cambio, si hubiesen permanecido allí predicadores fieles, habría subsistido también la pureza de la doctrina, y muchas de las desgracias jamás se habrían producido, pese a la actitud hostil del populacho." (De una exposición sobre I Co. 15. SL 8, 1093).

D.

Fuente: *What Luther says Vol. III, St. Louis, Mo. 1959*

Dr. Erico Sexauer: ha sido profesor del Seminario Concordia por muchos años y actualmente está retirado de esta actividad. Dedicado a la traducción de materiales bibliográficos, ha colaborado siempre, y así lo sigue haciendo, con su importante aporte.